

Los precios de la paz

Deia, 1983-02.

Uno quisiera ser oportuno, breve y decir algo significativo.

Porque no hay duda, ni tiempo para estorbos nuevos en este parón. Y no me refiero al torpe espectáculo de los últimos atentados, sino que me ciño a la condición de la presencia de tres parejas de periodistas en las conversaciones.

No hay que ser experto en diplomacia ni en comunicaciones para intuir que estos diálogos en busca de la difícil conciliación exigen un primer tiempo para acordar las normas mínimas de procedimiento; un segundo para hacer los planteamientos, difíciles por los graves enconos acumulados, y luego, si por fortuna hay un tercer tiempo, el dedicado al llegar mediante renuncias de parte y parte a un compromiso que salve de cada lado lo suficiente para desarmar los espíritus comprometidos en esta larga guerra que podría terminar por cobrarse la vida institucional de este partido.

¡Ya habrá más de uno que lo intente desde la orilla de este difícil camino que conduce a la paz!

Este largo pulso de hombres dedicados a defender posiciones encontradas necesita hacer uso muy cuidadoso de gestos que a la vez sean de tolerancia, de paciencia y de energía, a través del cauce delicado de la palabra expuesta a la interpretación del que está al acecho.

Las consecuencias son imprevisibles, pero el mayor de los males sería convertir el primer encuentro en un guirigai de dimensión vasca y estatal a la vez.

Con los graves riesgos que esto podría acarrear.

Visto desde un punto de vista teórico, está más que claro que el delicado proceso de las aceptaciones mutuas, posicionamientos y compromisos de principio, no se pueden producir sin que medie la libertad que sólo se consigue en el secreto.

Sin embargo, no se puede hacer abstracción de los condicionamientos internos de que arranca la parte clave: ETA.

ETA se ha tenido que imponer normas propias para su difícil funcionamiento, entre ellas la de que ninguno de sus miembros, por arriba que estén (y esto alcanzará a sus representantes), pueda conversar formalmente de arreglos o compromisos *si éstos no se hacen públicos a medida que se van produciendo*, y no sólo porque quieren que la otra parte se comprometa públicamente, un objetivo siempre presente, sino que existe la natural *desconfianza interna de los términos en los que se puede llegar a los resultados*. Hay que empezar por entender que la cohesión interior de ETA depende de un código de comportamientos muy rígido, de vigilancia mutua; de ahí el sistema de *a dos* y al mismo tiempo, y aunque parezca un contrasentido, también depende de la transparencia pública que le permita reflejarse de cuerpo entero, con el objeto de a la vez que evite desconfianzas internas y riesgos de escisión, afiance una credibilidad necesaria para el apoyo popular que tanto necesita.

Más en este caso, en que los que asumen de una u otra manera la defensa de sus posturas políticas, pertenecen a organismos que son políticos y abiertos. Y es aquí donde se produce, creo yo, una cierta incapacidad en Herri Batasuna para asumir sin testigos públicos una representación del programa que apoya ETA.

Cada parte, presente o no en las negociaciones, procura tomar sus precauciones.

El precio de este riesgo que corre *Herri Batasuna* es muy alto.

El precio de confiar *ETA* en los mediadores, por respetados y creíbles que sean para la organización, puede tener consecuencias internas graves.

El *precio* de cargar el *lehendakari Garaikoetxea* con la suerte de unas conversaciones analizadas y comentadas todos los días, y de manera acumulativa por la prensa vasca y estatal en todas las direcciones, desde la simple e inevitable subjetividad hasta la intención política más aviesa, también es serio.

Sólo se puede intentar sortear esos peligros, haciendo que, desde el principio, se acepte pagar el precio de un riesgo calculado y prudente, pensando que lo único que importa de veras es comenzar las conversaciones de paz en condiciones de un diálogo leal, a la vez que discreto y abierto, hasta ir alcanzando el punto en que se pueden hacer planteamientos públicos y claros.

Y no antes.

La solución que propone el *lehendakari* de grabar todo el curso de las negociaciones, puede sortear las particulares dificultades de *ETA*; y el hacer públicas las posturas con toda libertad *al final de cada período*, puede completar las garantías para Herri Batasuna.

Este puede ser, de lograrse el objetivo, el precio más barato que podemos pagar entre todos por una paz sin precio.